

Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa

**Cristina Vega,
Raquel Martínez-Buján
y Myriam Paredes (eds.)**

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

© 2018, de los textos, sus autoras.
© 2018, de la edición, Traficantes de Sueños.



**creative
commons**

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 España

Usted es libre de:

*Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

*Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material

El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

*Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciadore o lo recibe por el uso que hace.

*NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

Título: Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa

Editoras del libro:

Cristina Vega, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes

Traductoras:

Marta Malo de Molina, capítulo 5, y Mariajo Castro Lage (Syntagmas), capítulo 11.

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

taller@traficantes.net

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13

28012 Madrid. Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

ISBN 13: 978-84-949147-2-0

Índice

Prefacio. <i>Raquel Gutiérrez Aguilar</i>	9
Introducción. <i>Cristina Vega, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes</i>	15
I. Extracciones, apropiaciones y sostenimiento de la vida	51
1. Economía Plebeya. Familias, hogares y comunidad en Europa del Sur. <i>Montserrat Carbonell Esteller</i>	53
2. El agua, el cuidado y lo comunitario en la Amazonía boliviana y ecuatoriana. <i>Elizabeth López Canelas y Cristina Cielo</i>	75
3. Neo-comunidad: circuitos clandestinos, explotación y resistencias. <i>Verónica Gago</i>	97
4. La familia de la Tía Gloria: crianza y poder punitivo estatal en Ecuador. <i>Andrea Aguirre</i>	115
5. Sanación, cuidado y memoria afrodescendiente en el Pacífico colombiano. Las mujeres frente el conflicto armado. <i>Olga Araujo / Gloria Bermúdez y Cristina Vega</i>	133
II. Interrogar lo público común	145
6. Futuro anterior de la ciudad social. Reflexiones desde la experiencia de atención sanitaria territorial en Trieste. <i>Franco Rotelli y Giovanna Gallio / Entrar Afuera</i>	147
7. La acción comunitaria y los cuidados a domicilio. <i>Sara Moreno-Colom</i>	169
8. Tejer cuidados a micro y macro escala entre lo público y lo común. <i>Susana Draper</i>	189
9. Bancos de tiempo, sostenibilidad de la vida y nuevos comunes. <i>Lucía del Moral</i>	209
III. Hacer común la comunidad	233
10. Travesías del cuidado de la niñez indígena en Ecuador. <i>Mercedes Prieto y María Isabel Miranda</i>	235
11. «Problemas de la cabeza» en una comunidad en el sur de Brasil. <i>Claudia Fonseca y Helena Fietz</i>	257
12. Ayuda mutua y Estado de Bienestar. Reflexiones a partir de la experiencia del «Grupo de apoyo Daniel Wagman». <i>Silvina Monteros</i>	277
13. Mujeres migrantes en el cuidado comunitario. Organización, jerarquías y disputas al sur de Buenos Aires. <i>Carolina Rosas</i>	301
14. Aquelarres de resistencia. Una conversa que busca una confluencia <i>Ana Moreira y Mercedes Rodríguez (Brujas Migrantes) / Marta Malo</i>	325
Sobre las autoras	337

14. Aquelarres de resistencia.

Una conversa que busca confluencia

*Ana Moreira y Mercedes Rodríguez (Brujas migrantes) /
Marta Malo*

¿Qué son y cómo nacen las Brujas Migrantes?

Mercedes. Somos un colectivo de mujeres que venimos de diferentes procedencias. Nuestro nombre lo acuñamos porque tenemos nuestra maestra, Jamileth. Ella es nicaragüense y en su país tenía un programa de radio: hacía radio comunitaria, de la radio comunitaria con antena en la vereda y se llamaba la Bruja Mensajera. Entonces ella dijo: ¿por qué no hacemos las brujas migrantes? Empezó en 2012, apenas 3 mujeres, haciendo teatro, con unas letanías. Aquello tenía mucha chispa de humor y esa mirada feminista de mujeres migrantes. Y la cosa fue creciendo hasta hoy. Hemos reflexionado acerca de qué son las brujas migrantes para nosotras, y son un espacio de autocuidado: por eso los aquelarres, las celebraciones, las comidas y, en parte, una manera de funcionar muy basada en la informalidad.

Ana. La informalidad y tener muy en cuenta las vidas, las situaciones personales, el cansancio, lo que nos apetece...

Mercedes. Tampoco queremos una estructura de asociación: no queremos algo que se convierta en un caparazón, que esto es lo que hay que hacer sí o sí. Los aquelarres están vinculados al autocuidado. Son un espacio de celebración, de diversión, un espacio donde cada una suelta lo que le preocupa, suelta sus dolores, los procesos personales que cada una tiene por trabajar y es un espacio donde todas nos escuchamos, nos preocupamos unas por las otras. Porque el activismo para mí, para todas, tiene que nacer desde dentro, el grupo se fortalece desde dentro. Nosotras nos intentamos fortalecer desde dentro con esa perspectiva y ese autocuidado y, a partir de ahí, de

ese fortalecimiento, accionamos, apoyamos campañas como la que hubo por Bertha Cáceres. Este año hemos estado muy activas con eso, también por los derechos de las empleadas de hogar o haciendo radio comunitaria. En general, apoyamos las acciones políticas de la Red de Mujeres Latinoamericanas y el Caribe y acciones transnacionales en relación con Latinoamérica.

Ana. Entonces en el aquelarre hacemos eso: compartimos, reímos, hacemos bromas, comemos y nos escuchamos, porque todas tenemos cargas y a veces en el activismo, en espacios del asociacionismo, eso queda en segundo plano, y nosotras hemos puesto eso en primer plano como grupo. Para fortalecernos desde dentro y que de esa manera podamos dar a las demás.

Cuando Mercedes estuvo en Colombia, la echaban mucho de menos, estuvo casi dos meses que fue casi una eternidad para todas. Y cuando ella llegó hicimos un aquelarre de bienvenida y nos trajo unos amuletos colombianos y entonces hicimos un ritual: de ponérselo, de leerlo y transmitirnos las buenas energías, las buenas vibras... Hay algo de espiritual en lo que hacemos, no tanto ligado a religiones, sino espiritualidad entre nosotras. Es la creación de un círculo de mujeres. Eso nos da fuerzas para continuar en el activismo, porque el activismo es duro. El día a día, la supervivencia, la precariedad, el luchar con este sistema que nos está cargando tanto a las personas que estamos en una situación más desfavorecida, que nos ponen en esa situación.

Por ejemplo, yo tengo hijos pequeños y, por un lado, el día a día me cuesta bastante, pero no quiero renunciar al activismo. Entonces a veces tengo que ir cargando con mis hijos a todas partes y el pequeño a veces lo sufre... Eso de alguna manera hace también parte de nuestra cultura, que tiene sus pros y sus contras. Aquí, cuando se piensa en los niños, se hace un espacio explícito de ludoteca, aparte, pero nosotras, en nuestros países, los incorporamos, incorporamos a los peques en lo que se va a hacer, en lo que es de todos. Mi hijo iba con nosotras a los talleres, a los encuentros de fin de semana... Aquí en cambio no, no se ven niños en esos espacios, y eso me chocó un poco y también me limitó.

¿Qué pasa en Europa que no hay niños en los espacios de reunión o taller?

Mercedes. Yo siento que muchas veces molestan: a la gente le molestan y lo hace ver.

Ana. Se les expulsa de manera subrepticia. No es algo directo, sino que es algo que sucede porque no se presta ayuda o colaboración directa a las personas que van con niños, ni tampoco se tiene en cuenta las condiciones o las necesidades de mujeres feministas que son madres. A mí me ha sucedido en espacios concretos donde se ha expuesto públicamente la dificultad de participación de las que somos madres y la mayoría ha hecho caso omiso o no se ha involucrado. En general es algo que se invisibiliza, no se nombra: «Si no vienen, será porque no quieren». Esto trae como consecuencia que personas que ya estamos empoderadas, que queremos hacer activismo, nos encontremos con muchas barreras para poder hacerlo.

Los obstáculos no son solo desde fuera, sino también desde dentro del propio movimiento feminista: hay una polaridad en el feminismo en la relación con los cuidados. Hay un feminismo que cree que las mujeres deberíamos liberarnos de los hijos y que ve a las madres como mujeres menos empoderadas; hay otro en cambio que defiende la libertad de decidir de cada mujer y el respeto a las que lo son. Ser madre no te hace más o menos feminista, ni viceversa.

Yo personalmente he dejado a veces de hacer activismo, porque con mis hijos no tenía cabida en determinados espacios blancos feministas. Luego nos quejamos de que el feminismo no llega a otras mujeres, pero ¿qué estamos haciendo en la cotidianeidad para que llegue?

¿Existen redes entre mujeres para cuidar?

Ana. Lo cierto es que entre mujeres empoderadas, organizadas, no surgen, no se arman redes. Sí, te pueden echar manos, parches puntuales, pero no existe una red creada y organizada en la que te puedas apoyar.

Las redes se arman entre mujeres que lo necesitan. Se crean cuando las mujeres tenemos las mismas necesidades y no tenemos otra opción que apoyarnos unas a otras. Movilizamos miniredes con amigas, con gente cercana, y es ahí donde se dan los verdaderos vínculos de apoyo.

Las que no tienen esas necesidades se olvidan de que en algún momento ellas también pasaron o pueden pasar por la misma situación. Hay muy poca conciencia de lo que supone realmente cuidar, de lo limitante que puede ser para una persona, para todos los aspectos de su vida, si todo el cuidado recae en ella. Si lo haces tú sola, el cuidado son 24 horas al día, 365 días al año. Y esta es la situación de muchas mujeres migrantes.

Mercedes. Yo, al llegar aquí, casi no estaba en espacios migrantes, sino en el movimiento feminista, en el movimiento antimilitarista... y ahí la gente se decía: «Pero ¿por qué no llegan los inmigrantes? ¿Por qué no llegan las mujeres inmigrantes? Y yo: «Pues, porque estarán trabajando y cuidando a sus hijos, ¿no?». Es como que costaba ponerse en el lugar de la otra y si lo intentaban, salía el cliché de «las pobrecitas»: «Porque las pobrecitas mujeres inmigrantes que están aquí, porque pobrecitas», blablabla... y en cada charla, coloquio, reunión, siempre salía eso: todas las mujeres migrantes somos pobrecitas, vulnerables, todas estamos sometidas al marido, etc. ¿Y las mujeres de aquí nada? ¿No les pasa nada? ¿No sufren violencia machista, y vulneraciones de derechos, y explotación?»

Esa fue una de las razones por las que surgió la Red de mujeres latinoamericanas y del Caribe. Y era en ese sentido de decir: aquí estamos y no somos todas pobrecitas y no somos vulnerables por naturaleza, son las condiciones, son las políticas públicas... Por eso en la Red hacemos mucho énfasis en el tema de nuestra agenda política y el dialogo político. Son las políticas, son las condiciones, la desigualdad y la discriminación, también es el etnocentrismo, también es todo eso que nos pone en condiciones de vulnerabilidad, pero nosotras mismas, por naturaleza, no somos vulnerables.

Ana. Yo creo que, en la medida en que nosotras hemos ido organizándonos, hemos creado grupos, hemos ido generando propuestas, acciones, hemos hecho ya tres encuentros, dos de ellos sobre el trabajo del hogar, hemos posicionado el tema del trabajo en el hogar y con voz propia... Entonces, también nos hemos ido ganando el respeto con nuestras propuestas, no solo cuestionando, preguntando, dudando, sino poniendo propuestas encima de la mesa y haciéndolas viables, haciéndolas acción.

¿Cuáles son vuestras reflexiones sobre el trabajo del hogar?

Mercedes. Nos gusta verlo en una perspectiva amplia. Por ejemplo, se hace la ley de dependencia, la ley de conciliación de la vida familiar, pero ¿cómo se está dando la conciliación para las empleadas de hogar? ¿Dónde quedan en la ley de conciliación las trabajadoras del hogar, las internas sobre todo?

Ana. Sí, en el Congreso por el empleo del hogar y cuidados, salió como conclusión que, si proponíamos una ley de los cuidados, tenía que estar incluido erradicar el régimen de interna en el empleo de

hogar, porque atenta contra muchos derechos, entre ellos el cuidado a nuestros propios hijos e hijas...

Mercedes. No es algo solo de leyes, sino de mentalidades y maneras de vivir. Si una familia enseña a todos sus miembros a cuidar, a limpiar, no tiene por qué tener una mujer a su servicio 24 horas para que realice todas las tareas del hogar.

Ana. O si por lo que sea contratas una empleada de hogar: ¿estás dispuesta a darle las mismas condiciones que tienes para ti misma? Eso es algo que muchas feministas no hacen, pero si lo personal es político, deberían hacer. Porque el feminismo parte desde el ámbito privado, no solo es activismo y discurso y argumento, sino qué estamos haciendo en nuestra propia casa...

Mercedes. Otra cosa que no se suele tratar con el empleo de hogar es el tema de las jubilaciones. Para las mujeres migrantes hay como dos tensiones: uno, lo que hemos cotizado en nuestros países de origen, dónde queda. Hay convenios con países de América Latina. Colombia, Argentina... son países con convenio, donde tú puedes traer aquí lo que has cotizado allí, para obtener una jubilación, o viceversa: lo que cotizaste aquí, llevarlo allá. Lo otro es que en la mayoría de los casos no hemos cotizado lo suficiente: porque como se cobra tan poco, cuando una es joven, te dices: «Ahora mejor no cotizo porque no me llega». Y cuando ya estás mayor de golpe te das cuenta que te faltan años para poder alcanzar una jubilación más o menos.

Ana. Hay mujeres que han estado trabajando durante muchísimos años, que migraron y luego retornan, retornan cuando tienen una edad. Y se ven que han estado toda su vida mandando dinero, mandando dinero con un trabajo de interna donde limitas tu vida en todos los sentidos, donde no vives prácticamente, vives para otra persona. Y llegan a sus países y, claro, se encuentran con pobreza, porque tienen unos ahorros, pero esos ahorros se agotan y luego no han cotizado a la seguridad social en sus propios países, no tienen mucha pensión. Y no han tenido vida y se han dejado la salud en el trabajo. Entonces, muchas están enfermas y de tanto tiempo fuera, pues está ese desarraigo, esa desvinculación con su familia y sus amigas: cuando llegan son unas desconocidas. Y esa familia que ha estado recibiendo dinero de su trabajo durante toda la vida, ¿de qué forma está cuidando a esa mujer que llega?

Yo he visto casos en que no las cuidan... Y me viene eso que dice Pepe Mújica que al final el dinero no es vida, pero lo único que no se

puede comprar es la vida. Y ellas han llegado a una edad donde la vida, su vida, ha pasado.

Es verdad que la demanda del trabajo de interna a veces tiene que ver con la reproducción de un estatus social, familias con mucho dinero donde nadie está dispuesto a hacer ni una sola tarea doméstica. Pero el aumento reciente de esa demanda también tiene que ver con la necesidad de cuidado de personas con mucho deterioro, por edad o por salud, que necesitan atención 24 horas.

Mercedes. ¿Para qué está la política pública? El Estado social de derecho tiene que responder a esa necesidad de alguna manera. No puede recaer sobre el cuerpo de las mujeres. Casos como esos hay un montón, personas con enfermedades degenerativas, mayores, dependientes, que necesitan cuidados 24 horas. Pero, ¿por qué esos cuidados tienen que caer sobre el encierro de una trabajadora del hogar? Sea asalariada o sea la madre, la abuela, la esposa...

Ana. De alguna forma eso es violencia institucional, porque el Estado no se está responsabilizando de los cuidados, y al final nos toca responsabilizarnos en situaciones muy difíciles. Entonces, claro, te abocan a qué, a abusar también de otra persona, que, a su vez, si tiene familia, deberá abusar de otra o abandonar a esa familia. Falta valorar los cuidados, ponerlos en el lugar donde tienen que estar, que es la vida misma, que es garantizar la vida de las personas.

Mercedes. Intervienen muchos factores. Faltan recursos públicos para que esos trabajos no recaigan solo en las mujeres. Pero también está la jornada laboral, ¿cómo vas a cuidar de los demás con esas jornadas tan intensivas que hay? Y por último los modelos de familia: sociedades muy individualizadas, donde el compromiso de cuidado mutuo es muy restringido... Nosotros somos de familia extensa, y yo recuerdo que el abuelo estaba un tiempo acá, otro allá, un tiempo iba a mi casa.... No recuerdo que nos pusiéramos de acuerdo, pero mi abuelo estuvo en todas las casas de sus hijas y no era un problema que viviera ahí. No había pelea, porque aunque ya estaba dependiente, mantenía una chispa de humor y para nosotros era como que «que venga el abuelo porque nos cuenta historias». Por eso creo que una vuelta a lo comunitario, a compromisos de cuidado más amplios, cambiaría mucho las cosas.

¿Qué entendéis por cuidados comunitarios?

Ana. Para mí cuidados comunitarios son los que se ejercen entre un grupo de personas que pueden tener hijos o no, pero que son conscientes del trabajo de cuidados, que el cuidado es la base en la que se sostiene la vida de todas las personas y que todas las personas tenemos que contribuir a que la carga no suponga un sobreesfuerzo para una o dos personas, sino que se reparta de manera equitativa entre todos los que componemos esta sociedad. Entonces habrá conciliación, pero no laboral, sino de la vida personal y la familiar y eso generaría un equilibrio y haría mejorar la calidad de los cuidados. Porque no es lo mismo cuidar 12 horas, sin descanso, sin incentivos, que cuidar unas horas... Eso daría más libertad de acción, a las personas que dan y a las que reciben los cuidados. En fin, cuidados comunitarios son cuidar en común, en comunidad.

Vosotras, las brujas, ¿os definís como empleadas de hogar?

Ana. La última vez que nos encontramos hicimos una reflexión bien profunda justo sobre eso. Porque algunas nos vemos abocadas al empleo de hogar, pero no nos identificamos, no queremos quedarnos ahí y entonces tenemos resistencia a organizarnos desde ahí, como empleadas de hogar, porque es algo que hacemos para salir adelante y punto, lo vivimos como algo temporal.

Mercedes. Yo me incluí entre las que no me identifico: que no quiere decir que no luchemos por los derechos laborales y un trabajo digno para las empleadas de hogar, pero para nosotras es una resistencia también. No me sale trabajo de la profesión que yo tengo u otras compañeras no tienen reconocidos sus títulos y en muchas ocasiones hacemos labores del hogar, nos pagan por eso, pero si nos llamamos empleadas de hogar es asumir que ese es nuestro lugar, nos quedamos ahí, en esa etiqueta, en la etiqueta que nos ha puesto el mercado laboral como mujeres migrantes y que, por otro lado, les conviene que nos pongamos y que nos identifiquemos y que sigamos ejerciendo ese trabajo. Es el lugar que nos han asignado y nosotras nos resistimos. Aunque estemos en su lucha y trabajemos en ello temporalmente.

Ana. Entonces explicamos a las compañeras que no entendían por qué hay unas que se resisten, que no quieren, y decíamos: antes que empleadas de hogar somos mujeres en resistencia. En estas sociedades de acogida, que acogen población migrante, te encasillan en lo que llaman los nichos laborales: entonces si eres mujer inmigrante, matemáticamente,

te encasillan en el trabajo del hogar. Incluso tus propias amigas de aquí, feministas españolas, solo se acuerdan de ti cuando se oferta trabajo del hogar... A veces toca preguntar: «¿Esa misma oferta que me haces se la haces a tu amiga española, que está en las mismas condiciones de precariedad y de trabajo que yo?». Y la respuesta es no.

Yo además es que soy hija de empleada de hogar. Mi madre estuvo 10 años de interna y yo, que me vine aquí con ella, crecí en un internado porque mi madre no me podía cuidar. Y eso generó muchas dificultades para las dos. El derecho a cuidar de ella fue vulnerado, y el derecho a tener su propia vida y a disfrutar de su espacio y de su ocio, y el derecho a poder tener una casa, un espacio propio...

Para mí, de niña, eso supuso mucho desarraigo. Porque primero vino el desarraigo de la migración, que ya tiene una carga emocional fuerte: dejar el lugar donde has estado siempre, el espacio físico, la forma de hablar, el clima, la comida... Llegas a un país donde el clima es árido, las personas se expresan de manera diferente, la comida no tiene nada que ver. Y encima pierdes a tu madre de persona de referencia, porque ella no está, no puede estar. Te toca incorporar a otra persona de referencia, que se esfuerza en que asimiles esa nueva cultura, sin tomar en cuenta otros aspectos. Así que hay ahí también un desarraigo materno: saber que tu madre está ahí, pero que al mismo tiempo no va a estar nunca, porque su trabajo no se lo permite.

Se habla mucho ahora del tiempo de calidad con los hijos, pero para mí no es tanto eso de la calidad como estar presente en muchas circunstancias de la vida: cuando se te cae el diente, cuando te peinan, cuando te bañan... Estar ahí. No sé si eso es tiempo de calidad, o simplemente poder estar ahí cuando hace falta. Y que no haya esa presencia no se vive nada bien. Yo no lo tengo superado.

Ahora, de adulta, al hacer retrospectiva, me doy cuenta que no puedo culpabilizar a nadie más que al sistema. La niña que llevo dentro no entiende eso, la adulta sí. Se tiende a pensar en las trabajadoras, las mujeres migrantes, pero muy poco en las niñas y niños. Eso lo podemos extender a la violencia machista, con todo lo que está pasando ahora.

Mi vivencia como hija de empleada de hogar interna me ha hecho tomar decisiones en mi vida que también por otro lado me han quitado libertad: por ejemplo, vivir con mis hijos. Soy una madre caótica, pero estoy ahí, que es lo que ellos necesitan, que esté presente ante los problemas que se les van viniendo, acompañarles y facilitarles el camino ahí.

También ha influido en mi relación con el trabajo doméstico como adulta. Me ha tocado hacer incursiones, trabajando en casas, pero en el momento en que entro en un espacio privado siento rechazo. De hecho, no he acabado bien en ninguno de estos trabajos: porque me niego, porque me sale la rabia, culpabilizo a estas personas que me contratan de la vida que nosotras hemos llevado. Es un rechazo visceral que tengo y que también, paradójicamente, me hace no implicarme en la lucha por los derechos de las trabajadoras de hogar, a pesar de la influencia que esta realidad ha tenido en mi vida.

Este rechazo está estigmatizado: pareciera que las mujeres migrantes nos tenemos que comprometer en esa lucha, pero yo formo parte de las mujeres que nos resistimos a eso, que nos resistimos a que nos encasillen, a que nos exploten y a que nos utilicen.

Mercedes. Muchas de nosotras nos hemos quemado las pestañas y nos hemos formado, nos seguimos formando, seguimos leyendo, seguimos pensando, pero nos toca recurrir a eso, estar ahí, lave que te lave, mueva aquí, haga aquí..., recogiendo todo como si no supiesen ni dónde está la cesta de la ropa sucia. Y no es que sea un trabajo indigno en sí mismo o que no haya que hacer, la cuestión es cómo se distribuye, cómo se hace para cuidar cuando todo el mundo trabaja... Y para nosotras es una resistencia afirmar que estamos ahí como algo temporal, para salir de los aprietos económicos, pero que no vamos a dejar de buscar, de insistir en salir de ese nicho. Así que estamos, pero en resistencia: nos resistimos a aceptar que ese es nuestro único lugar en la sociedad. Nos resistimos a esa etiqueta. Podemos ser eso y mucho más... Tenemos vida propia después del trabajo.

Ana. Eso es el núcleo de nuestro debate. Porque decimos esto y otra de nosotras dice: «No, porque hay que reconocer que ahora estamos ahí y hay que pelearla». Y decimos sí, cuando decimos estamos en resistencia, también es eso. Ahora estamos ahí y estamos peleando nuestros derechos, no pasivamente. Peleando para no estar, peleando para que cuando estemos, tengamos derechos y no trabajos de 24 horas diarias.

Esa es un poco la paradoja del trabajo sindical, que te permite reivindicar unos derechos y, a la vez, te fija en una posición laboral con la que puedes no identificarte. ¿Se puede reivindicar los derechos de las empleadas de hogar sin hablar «como empleada de hogar»?

Mercedes. Sí, esa es una de nuestras preocupaciones y ahí yo reivindico una agenda política que tiene también que ver con decir que nuestra

situación no empieza ni acaba en el empleo de hogar. Hicimos un diagnóstico participativo, con los recursos que teníamos, con un rigor, de alguna manera, científico, con las mismas compañeras. La pregunta era: ¿cuál ha sido el impacto de la crisis en las mujeres migrantes?

A partir de ahí, salieron cuáles eran los puntos más acuciantes de nuestra realidad y elegimos seis ejes: el derecho a la ciudadanía, porque muchas veces nos vemos abocadas a trabajos del hogar internos porque nos deniegan el derecho a la ciudadanía, y no por otra cosa. También porque no nos dejan participar. Luego, el derecho a migrar, y ahí toda la pelea contra los CIES, las políticas migratorias, etc. El derecho a una vida libre de violencias, que fíjate que siempre se habla de la violencia de género y nosotras sentíamos que ese es un enfoque muy limitado, porque en realidad se cruza la violencia estructural, la violencia racista, xenófoba, la violencia institucional que nos afecta mucho más y la violencia sexual, que está ligada a la denegación de los derechos sexuales y reproductivos, es decir, no solo el maltrato en la pareja. Por eso la ley integral contra la violencia de género se nos queda tan corta. Luego el derecho a un trabajo digno, donde entran todas las cuestiones del empleo de hogar. Los derechos del cuidado: a cuidar, a ser cuidado, pero también a no cuidar en condiciones de maltrato, aislamiento y opresión. Y por último el derecho a la salud: estuvimos muy activas en la primera acción de calle que se hizo cuando entró en vigor el RDL 16/2012, el que dejaba sin sanidad a los sin papeles. Nos encontramos con una compañera de la red que no tenía documentación y la habían operado por un tema de quistes y al día siguiente va y le dicen: «— ¿Sin papeles?, ah, no, no la puedo recibir. —Pero ¿qué hago con los puntos que tengo aquí?».

Entonces contactamos con Yo Sí Sanidad Universal, para pelear la atención. Así que todo esto no es solo la teoría, sino algo del día a día. Nos encontramos con la mujer interna que no le dan de comer en la casa donde vive, o con la mujer que no le pagaron como tenían que pagarle, o no le dan el tiempo acordado, o la que le quitaron la tarjeta sanitaria, y entonces nos activamos, buscamos abogados, buscamos recursos. No individualmente, ni siquiera como Brujas Migrantes, sino como red, como amalgama, activando contactos.

¿Y cómo compagináis ese trabajo de acompañamiento, más intenso, con la informalidad de la que hablabais al principio, de respetar los ritmos y las posibilidades de cada cual?

Mercedes. Trabajando en redes, con varios colectivos, aunando la fuerza de todas, asumiendo que hacemos lo que podemos, que no es poco. Siendo perseverantes, estudiando, cuestionándonos...

Ana. También lo que pasa es que la informalidad es propia de las brujas, que es el rinconcito de autocuidado que nos damos, y esta otra parte más activista es de la Red de mujeres latinoamericanas.

Ahora mismo estamos intentando formar un grupo de mujeres en la Red donde haya ese autocuidado del que hablábamos, porque creemos que las mujeres aquí están muy solas y necesitan ese espacio para apoyarse, para hablar de sus cosas, para hablar de lo que supone migrar, de todo el desarraigo que genera, de la globalización de los cuidados que se dice, que en concreto es que nosotras dejamos a los hijos en nuestros países, y eso genera muchas emociones contradictorias que hablamos poco, que nos las tragamos, y eso a la larga repercute en distintos aspectos de nuestra vida, en la salud...

¿Y qué os mantiene unidas en la informalidad? Pareciera que las estructuras más informales tienden a la disipación y a la disolución...

Ana. Nos mantiene unidas haber priorizado el cuidado entre nosotras, cuidar un poco las relaciones afectivas. Hemos intentado escucharnos, apoyarnos, participar juntas en actividades que no son de activismo y eso nos ha fortalecido. La informalidad a veces hace que nuestro activismo no sea lo suficientemente eficaz, pero, por otro lado, un activismo demasiado formalizado hace que entremos en dinámicas demasiado estresantes que, en algunos casos, como el mío, cuando hay cuidados de por medio, se hacen insostenibles y te acaban expulsando.

La modulación de formalidad-informalidad hace que las que somos más exigentes con nosotras y con el grupo aprendamos a respetar los tiempos de las otras, lo cual significa también respetarlas en su libertad de acción. Eso hace también que las cargas propias de autoexigencia se relajen y que el activismo no sea algo que te produzca malestar. La informalidad nos da mucho disfrute en el activismo: que sea algo serio, que nos tomamos en serio, pero al mismo tiempo algo gozado, disfrutado y apetecido. No como una carga más en nuestra vida, que ya está muy cargada, sino todo lo contrario: un espacio donde podemos ser nosotras mismas y sacar todo lo que llevamos dentro, eso que el sistema se empeña en destruir.

Además de este espacio de autocuidado y elaboración que son los aquelarres, las letanías, las Brujas trabajáis a través del teatro, la radio... ¿por qué dais esa importancia a la expresión, la comunicación?

Mercedes. Porque es la única manera de hacerse con voz propia, de hablar con voz propia.